

PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO III

El Malentendido

Eugenio Viejo

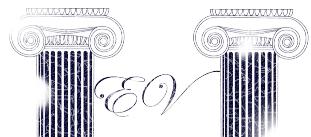


Eugenio Viejo

**PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL
MENSAJERO III
El malentendido**

Copyright: Eugenio Viejo García

Título original: *PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO III: El malentendido*
Eugenio Viejo, 2005-2016



Índice de contenido

Cubierta

PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO III El malentendido

I

II

III

IV

V

VI

Sobre el autor

«¿Quién habla de vencer? Basta con resistir.»

RAINER MARIA RILKE

«Estar privado de esperanza no es desesperar.»

A. CAMUS, «*El mito de Sísifo*»

I

Eran tres jóvenes kenianos de la costa que andaban siempre juntos y a los que todo el mundo conocía por sus apodos de el Árabe, el Negro y el Largo. Cada mote guardaba relación con el aspecto de su portador, ya que siendo los tres de lengua suajili, el Árabe debía el suyo al predominio de la sangre yemení en sus venas; el Negro a su clara ascendencia bantú, y el Largo a que sacaba cabeza y media a sus compañeros. Los tres vivían en Langoni, el barrio más pobre de Lamu, donde compartían la típica casucha de madera de mangle y techo de paja con sus respectivas familias numerosas. Por supuesto, soñaban con una vida mejor, pero ya a los veinte años sabían que sus posibilidades de alcanzarla eran escasas y que la única baza a su favor era la astucia.

Su niñez había consistido en vocear los versículos del Corán en la *madrasa* del barrio, hostigar a los burros por las calles polvorrientas o arrojarse al mar desde lo alto del Malecón. Con la adolescencia, dejaron en paz a los burros y cambiaron la tiza y las tablillas en que copiaban pasajes del Corán por las enseñanzas del anciano encargado de transmitirles la historia y costumbres de los suajilis. Y su adulterz comenzó cuando entendieron que para los de su condición, el futuro más halagüeño pasaba por conocer las necesidades y deseos de los *mzungus* o blancos que llegaban como turistas a la isla y hallar la manera de satisfacerlos.

Para ello decidieron hacerse «gúías» y *beachboys*, convencidos de que su ingenio les permitiría meterse en el corazón y en la cama de las *mzungus* que tal vez les llevarían de vuelta con ellas a Zúrich, Berlín o Nueva York.

Para hacer realidad sus planes, tendrían que disputar a otros jóvenes de Lamu el privilegio de hacerse con las maletas de los viajeros que llegaban al aeródromo de la vecina Manda, procedentes de Nairobi o Mombasa, y llevarlos hasta el trasbordador que comunicaba ambas islas. Luego, una

vez en la ciudad y tras el recorrido a pie hasta el hotel, llegaría el momento de regatear sobre la *batchís*, para lo que el Árabe se consideraba especialmente dotado.

En la temporada de lluvias, cuando a Lamu apenas llegan turistas, intentarían conseguir trabajo a bordo de los faluchos que recorren los manglares de la Bahía de Manda recolectando los delgados troncos destinados a andamios y viguería en los edificios que se construían en Mombasa. El intento rara vez daría resultado, pues los faluchos eran propiedad de las familias de origen omaní cuyos antepasados habían colonizado el archipiélago y aún ocupaban las espaciosas casas de piedra del barrio rico de la ciudad. Esas familias, aunque prósperas, tenían varones de sobra para explotar ellas mismas las embarcaciones, y el trío terminaría imitando a sus iguales de los barrios pobres que, con medios rudimentarios, procuraban atrapar ejemplares de la variedad local del buey de mar entre las rocas próximas al Malecón o pescar algo que interesara a los dueños de los figones de pescado frito. Como también en eso la competencia era grande, a menudo los magros frutos de sus esfuerzos acabarían en la cazuela familiar. Los atardeceres de forzada inactividad, sentados en el muro del Paseo Marítimo con los pies colgando sobre el agua, harían planes para irse a Mombasa y trabajar en algún hotel, como paso previo a la actividad de «guías» y *beachboys*.

Su gran oportunidad se presentó una tarde de mediados de marzo en que las nubes tenían el color asalmonado del crepúsculo, cuando al embarcadero llegó la lancha que realizaba el último tramo del trayecto del autobús Mombasa-Lamu. De la lancha, confundidas con otros turistas y viajeros locales, descendieron dos jóvenes *mzungus* que se quedaron plantadas en medio de la plaza como grullas desorientadas. La mirada del Árabe descubrió a las viajeras antes de que lo hiciera la de algún competidor.

De las recién llegadas, una era pelirroja, de figura atractiva y piel cubierta de pecas; la otra era rubia, flaca y desgarbada. Aunque el Largo, el Árabe y el Negro no tenían medio de saberlo, la rubia corría en un equipo de cuatrocientos metros relevos, lo que explicaba las piernas musculosas que revelaban sus shorts. Ambas lucían la camiseta de la Universidad de Sydney, donde una estudiaba antropología social y la otra religiones comparadas. Hace ya varios siglos que, en su avance proselitista, el Islam conquistó buena parte del sureste de Asia, y cada año son más numerosas las oleadas de emigrantes asiáticos de religión

musulmana que arriban a las costas de Australia para quedarse. De ahí que las jóvenes viajeras hubieran incluido en sus vacaciones kenianas una estancia de varios días en Lamu, deseosas de documentarse sobre los musulmanes de su costa oriental. En particular les interesaban la cultura suajili, resultante de la gran expansión islámica ocurrida en África durante el siglo XI, que había sembrado el litoral africano de prósperos enclaves y mezquitas. El ejemplo más puro de esa colonización, según los expertos, lo ofrecía el archipiélago formado por Lamu, Manda y Pate, y allí estaban las dos australianas, decididas a aprender todo lo que pudieran.

Cuando el Árabe y sus amigos pasaron a la acción, las jóvenes aún estaban aturdidas por el periplo de diez horas desde Mombasa, a bordo del vetusto autobús que en más de una ocasión había parecido a punto de desplomarse bajo el peso de los sudorosos viajeros, sus gallinas y los bultos informes que todo lo llenaban. De ahí que, cuando quisieron reaccionar, los tres «guías» se habían adueñado ya de sus pesadas mochilas y bolsas de mano, y el Árabe, que en esas ocasiones tenía a convertirse en cabecilla del grupo por su desenvoltura y mayores conocimientos de inglés, les estaba ofreciendo con su mejor sonrisa las comodidades de un hotel típico y cercano.

—¿Es económico? —dijo la *mzungu* rubia.

—Sí, económico, *bibi* —se apresuró a asegurar el Árabe-. Hotel bueno y barato.

—¿Tiene cuarto de baño? —dijo la pelirroja.

—Sí, cuarto de baño. Buen hotel en Harambee Road, *bibi*, calle principal de Lamu. Bonito y limpio, *bibi* —repitió el Árabe el término suajili para dirigirse a una mujer joven.

—¡Pues vamos allá! —dijo la pelirroja, al tiempo que se volvía a su amiga y comentaba— ¿No es para morirse de risa, el inglés de este tío?

Su inglés deficiente no impidió al Árabe ejercer su talento al rechazar el billete de cinco chelines que le ofrecía la pelirroja, una vez que el equipaje de las viajeras estuvo depositado en el vestíbulo del hotel, tan encantador como destortalado.

—No *batchís*, *bibi*. Mejor mañana.

—¿Cómo, mañana? —se sorprendió la joven.

—Sí, mañana. Ahora, nosotros somos sus guías. Mañana volvemos. Buenas noches, *bibi*. ¡*Habari ya jioni!* —se despidió en su lengua el Árabe.

—¡*Habari ya jioni!* —repitió divertida la pelirroja.

—Esos de ser nuestros guías está por ver. ¿Quién necesita guías, aquí? —la recriminó su amiga mientras se dirigían al mostrador de la recepción para llenar las fichas.

II

La mañana siguiente, cuando las australianas se disponían a abandonar el hotel a hora temprana convencidas de eludir así la presencia de los indeseados cicerones, encontraron a estos sentados sobre uno de los grandes arcones claveteados de latón que decoraban el vestíbulo. Hacía largo rato que las esperaban, ataviados con sus mejores prendas.

El conato de rebelión de la rubia, que pasó ante ellos sin responder al ceremonial saludo, fue saboteado por la pelirroja con su risa.

—¡Hola! ¡Qué guapos os habéis puesto! —admiró los *kikois* a cuadros que los jóvenes llevaban anudados a la cintura a manera de faldas largas, las blusas blancas de algodón y los bonetes de punto que les adornaban la cabeza.

—¡*Jambo!* —repitieron los tres a coro el saludo suajili.

El Árabe tomó la palabra.

—¿Han dormido bien? ¿La ducha es buena? ¿El agua limpia?

—Muy bien. Y el agua de la ducha estaba caliente, ¿puedes creerlo? —soltó una risa contagiosa la pelirroja, mientras la amiga hablaba con el conserje.

—Malas noticias —dijo la rubia sumándose al grupo—; no tienen planos de la ciudad.

—No necesitan plano, *bibi* —sonrió el Árabe—. Diga dónde quieren ir, y vamos con los ojos cerrados. Podemos visitar Lamu Town, Shela, Matandoni, Manda, Takwa... todo lo que quieran conocer.

—Bueno, entonces, empecemos por el museo —dijo la rubia.

—¿Museo? —perdió por un instante su aplomo el Árabe, aunque tras cruzar una mirada con el Largo, añadió—. Sí, *bibi*. Pero museo abre a las diez y está cerca. En Lamu todo está cerca. Iremos por el mercado.

Nada más salir a Harambee Road, las turistas se vieron sumergidas en un mundo hormigueante. Hombres atareados ante sus tenderetes. Mujeres

envueltas de pies a cabeza en el negro *bui-bui* portadoras de grandes capachos de rafia bajo el brazo. Chiquillos que corrían descalzos entre gritos. Enseguida sucumbieron al aroma del clavo, la nuez moscada, la canela y otras especias que flotaba en el aire. Además, quedaron deslumbradas por los almacenes repletos de telas multicolores; los cafés umbríos donde los hombres charlaban fumando sus narguiles; las minúsculas joyerías y los cuchitriles en que se afanaban artesanos del cobre, la madera, el cuero y el marfil. Un joyero de aspecto paternal convenció a la pelirroja para que se probara diversos pendientes, de los que le habría vendido un par de juegos si el Árabe no lo hubiera impedido con la promesa de llevarla más tarde a otra tienda donde conseguiría las mismas joyas por la mitad del precio. A la puerta del negocio, la rubia acariciaba encantada las orejas y el cuello peludo de un asno color canela que se dejaba querer, tranquilizado por las palabras del Largo y las hojas de col que el Negro le daba.

La gente miraba con malicia al grupo que formaban los tres endomingados nativos y las dos *mzungus* en shorts, a las que las niñas tomaban de la mano pidiéndoles *batchís* mientras los niños les tocaban furtivos la piel. En aquel bullicio las jóvenes se olvidaron del programa trazado la noche anterior, y cuando llegaron a la explanada del Fuerte del Sultán, con su mercado al aire libre, ya era mediodía. Para entonces el quinteto se había dividido en dos parejas, y el Negro cerraba la marcha en solitario.

La firmeza de la australiana rubia prevaleció sobre la tentación de su compañera de sucumbir a la atracción de los puestos distribuidos a un costado de la vieja fortaleza, y el grupo se dirigió al palacete colonial que alberga el Museo de Lamu. Allí, el Árabe y sus amigos rehusaron participar en la visita, y las viajeras afrontaron solas su primer encuentro con la historia de la presencia musulmana en el archipiélago.

El Árabe y el Largo fueron hasta uno de los árboles que crecían en la plaza y se acuclillaron a su sombra, con la vista puesta en el viejo cañón que protegía la entrada al museo. El Negro en cambio optó por el mercado, del que al poco regresó provisto de un manojo de *mira'a*. Tras servirse él mismo, ofreció al Árabe los tallos de la planta estimulante y menos narcótica que el *qat* que se consume en la costa keniana. Pelaron los finos tallos verdosos y se metieron un puñado de ellos en la boca, junto con una tira de goma de mascar destinada a mitigar el amargor de la planta.

Masticaban en silencio, escupiendo a menudo la pulpa verdosa y sustituyéndola por nuevos tallos sin dejar de observar la puerta del museo.

Al cabo de un rato, con el sol quemando, el Largo abandonó la sombra protectora y fue a la entrada del edificio, donde titubeó antes de entrar en él. Poco después volvía a salir con gesto contrariado e informaba a sus amigos de que a las *mzungus* aún tenían que recorrer la mitad del museo.

—Calma —dijo el Árabe-. Hay que darles sedal.

El Negro soltó una risita.

Cuando las australianas reaparecieron pidiendo visitar el mercado al aire libre, en él sólo quedaban media docena de campesinas bantúes sentadas ante algunos mangos o bananos demasiado maduros. El Árabe se las arregló para encontrar los menos pasados y comprarlos por un par de monedas, lo que impresionó a la *mzungu* rubia y la llevó a aceptar la propuesta del Largo de comer juntos en uno de los chiringuitos situados frente al Malecón.

Llegados al lugar, se instalaron al abrigo de un sombrajo de cañas mientras el Largo se metía en el local, del que salió al poco portando una bandeja con platos, vasos y cubiertos. Le acompañaba un suajili obeso de aire bonachón provisto de una olla de barro.

—Mi tío —dijo el Largo, mientras el aludido se inclinaba ceremonioso y comenzaba a servir a las *mzungus*, deseándoles buen apetito.

Las jóvenes elogiaron aquel guiso a base de pescado de roca, calabaza, maíz y especias que no pudieron identificar, acompañado de té frío. A los postres, mientras tomaban la fruta conseguida en el mercado, el Árabe expuso a las turistas el programa de actividades que les habían preparado.

El Fuerte del Sultán reabría sus puertas por la tarde, y las *mzungus* podrían recorrer su fresco interior y comprobar que no era tan siniestro como sus muros ennegrecidos y su función aún reciente de presidio podían dar a entender. El Largo y el Negro las acompañarían, mientras él iba a pedir al erudito director de la escuela local que recibiera a las dos extranjeras llegadas de tan lejos y respondiera a sus preguntas sobre los suajilis del archipiélago de Lamu.

—¡Fabuloso! —dijo la pelirroja, que había manifestado deseos de que alguien les explicara a qué rama del Islam pertenecían los musulmanes de la costa y algo de su historia y sus tradiciones.

Si les daba tiempo, añadió el Árabe, también irían a la Mezquita Riyadha, la más santa de la ciudad, aunque solo podrían verla por fuera, ya que las mujeres no entraban en ella.

—¿Y no hay alguna que podamos ver por dentro? —dijo la pelirroja.

—La mezquita Mwenye Alawi es para mujeres, pero la están reparando —dijo el Árabe-. En las otras, las mujeres sólo pueden entrar para la oración y tienen que ser musulmanas.

Llegado el momento de abandonar el chiringuito, el Largo rehusó aceptar el dinero que la pelirroja le ofrecía.

—No, *bibi*, no pagar. Regala mi tío.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que quieren de nosotras? —dijo en voz queda la rubia, aprovechando que se habían apartado unos pasos de sus cicerones.

—¿Y por qué han de querer algo? —dijo la amiga—. Son chicos serviciales, ¿no lo ves? No seas tan desconfiada. Además, el programa que ha preparado el más guapo es fabuloso, ¿no?

III

Según el plan ideado por el Árabe y aceptado por los otros dos, hasta el día siguiente no tantearían a las *mzungus* pidiéndoles dinero para contratar un falucho y llevarlas a visitar Manda, donde les prepararían una barbacoa de pescado en la playa. Luego irían a Pate y recorrerían las ruinas de la ciudadela de Takwa, y después buscarían algún rincón en los manglares y probarían suerte. Eso era lo que él llamaba dar sedal a las *mzungus*.

Pero la mañana siguiente, cuando acudieron al hotel para poner en práctica la idea, encontraron a la pelirroja esperándoles con malas noticias. Su amiga había pasado la noche indisposta. —Tal vez fuera el pescado, dijo—, y sólo al amanecer cesaron la fiebre y la colitis. Se iba a quedar el resto del día en la cama.

En vano le propuso entonces el Árabe visitar la famosa Mezquita del Viernes de Shela y el lugar donde se celebraban las carreras de burros de Lamu; la pelirroja no pensaba abandonar a su amiga.

—Pero usted y yo podemos ir a la tienda de los pendientes que le gustan, *bibi* —dijo el Árabe, pasando por alto las miradas furiosas de sus amigos.

—No es posible, de verdad; ella me necesita —dijo la joven. Pero al ver el gesto desolado de su cicerone, añadió— Siquieres, ven esta tarde; quizás mi amiga cambie de opinión.

En el Malecón, mientras balanceaban las piernas sobre los detritus que la marea estrellaba contra el muro, el Árabe tuvo que soportar las recriminaciones del Largo, preocupado por la deuda dejada en el chiringuito, y el escepticismo del Negro con una táctica que aún no les había permitido sacar un solo chelín a las *mzungus*.

—Para pescar un *dugong* —aludió el Árabe al mítico pez de tres metros de largo y doscientos kilos de peso que por su aspecto recibe el

nombre de «pez sirena» en toda la costa oriental africana—, hay que tener pulso firme y mucha paciencia.

IV

El tercer día de su estancia en Lamu, las australianas recibieron a sus obstinados cicerones en la puerta del hotel, listas para la aventura. La *mzungu* rubia, ya recuperada, portaba una moderna cámara de vídeo, y la pelirroja, con una blusa muy ajustada y shorts, acogió la presencia del Árabe con sonrisas cómplices.

La tarde anterior el Árabe había acudido a encontrarse con ella en el hotel, y provistos de sendos vasos de zumo se habían sentado en el umbrío jardín interior del hotel, habían charlado y reído largo rato. Antes de despedirse, decidieron que puesto que la *mzungu* rubia aún no estaba del todo recuperada, irían de excursión a Matandoni, dejando para el día después la visita a las islas de Manda y Pate. Matandoni les iba a interesar, dijo el Árabe, pues era la aldea donde se construían y reparaban los *dhow*s o barcos de vela típicos de la costa oriental africana. A la pelirroja le había encantado la idea.

El camino hacia Matandoni parte del extremo occidental de Lamu Town, y para llegar a la aldea y sus astilleros hay que caminar dos horas por un terreno cubierto de matorrales espinosos y dunas en las que crecen cocoteros. Esa fue la razón de que el Negro acudiera por la mañana provisto del largo machete de hoja ancha que llaman *panga* y es típico de la costa, según explicó el Árabe.

—También es por si encontramos una mamba —explicó el Largo a la *mzungu* rubia, como si quisiera calmar la aprensión que la presencia del arma le producía.

—Pero yo he oído que aquí no hay mambas —dijo la australiana, aludiendo a la temible serpiente africana.

—Sí hay, *bibi*, pero no temer; yo me ocupo —rompió el Negro su silencio habitual, al tiempo que palmoteaba el mango del machete con satisfacción.

—Mi abuelo es la última persona de Lamu que ha visto una mamba por aquí —se burló el Árabe-. Y eso ocurrió cuando él era niño.

—Al menos, servirá para apartar estos asquerosos espinos —protestó la pelirroja por los arbustos que arañaban sus piernas desnudas. Y dirigiéndose al Árabe añadió—. Díle a tu amigo que vaya delante abriendo camino, ¿quieres?

El trayecto fue largo y tedioso, y cuando el quinteto llegó a Matandoni, bajo un sol abrasador, las australianas pensaron que el esfuerzo no había merecido la pena. A diferencia de Lamu, el pueblo tenía poco que ofrecer fuera de sus astilleros artesanales. De su pasado esplendor sólo quedaban un puñado de ruinas, y las mezquitas no se distinguían de los restantes edificios. Solo la cúpula de una de ellas interesó a las viajeras pese al estado de abandono del templo, pero cuando la *mzungu* rubia quiso filmarlo por dentro un vigilante se lo impidió con el argumento de que el acceso estaba prohibido a las mujeres.

Por lo demás, los lugareños eran gente cortés, y varias mujeres ataviadas con el inevitable *bui-bui* negro se acercaron a las jóvenes *mzungus* de piernas y brazos descubiertos, mientras a su alrededor mosconeaban chiquillos descalzos. Según lo dicho por una de ellas y traducido por el Árabe, se preparaba un festival que tendría lugar durante el fin de semana y que incluía bailes muy antiguos, canciones y recitales de poesía. A la pregunta de las viajeras de si se les permitiría presenciarlo, las mujeres respondieron que serían bien venidas.

En las afueras del pueblo, en un claro frente al mar donde la vegetación espinosa había sido substituida por cobertizos, calderos para calentar la cola y pilas de troncos desbastados, una veintena de hombres se afanaban en torno a dos embarcaciones en construcción. La rubia filmó a los carpinteros, que vestían sólo con taparrabos y manejaron sus hachuelas y martillos con redoblado vigor al sentirse objeto de su interés. Uno de ellos explicó a las *mzungus* los secretos de su oficio con el Árabe actuando de intérprete. Cuando la pelirroja se metió entre los obreros que armaban el costillar de un futuro *dhow* de considerable eslora, varios de los hombres cubrieron su desnudez con *kikois* manchados de cola y barniz. La rubia lo filmó todo con gesto complacido, sin dejarse distraer por los chiquillos que la rodeaban pidiendo *batchís*.

Después los cinco fueron al extremo de la playa donde estaban los tenderetes de venta de souvenirs, consistentes en grandes caracolas, caballitos y estrellas de mar, reproducciones de *dhow*s talladas a navaja

por los pescadores y *kangas* y adornos femeninos. La pelirroja, excitada tras la visita a los carpinteros, compró varios collares de coral rojo a un anciano desdentado, entre las protestas del Árabe por la facilidad con que la viajera sucumbía a las zalemas de un vendedor que ponía los ojos en blanco cada vez que sus manos tocaban la piel pecosa de la *mzungu*. La rubia filmó la escena, pero rechazó las ofertas de mediación del Largo con el pretexto de que su amiga estaba comprando por las dos.

Era bien pasado el mediodía cuando viajeras y guías se metieron bajo la enramada de un chiringuito de comidas, deseosos de huir del sol y calmar la sed. El menú ofrecía tres opciones, y las *mzungus* podrían elegir arroz con pollo hervido y evitar con ello la sopa de pescado o el potaje con pedazos de cordero que preferirían sus acompañantes. Mientras estos estudiaban el menú, la pelirroja descubrió que la lista de bebidas incluía cerveza y se apresuró a pedir por gestos al mozo que trajera para todos. Cuando aquel puso sobre la mesa las cinco botellas de medio litro de cerveza rezumantes de humedad, la animación que reinaba en el grupo cesó en seco. Las australianas se llevaron las botellas a los labios y bebieron con ansia, pero sus cicerones, tras unos segundos de desconcierto, se enzarzaron en un furioso diálogo en suajili que sólo cesó cuando el Largo apartó con gesto brusco la botella que le estaba destinada y el Árabe y el Negro le secundaron con menor vehemencia.

A continuación, ante la sorpresa dolida de la pelirroja, el Árabe explicó que si en aquel apartado chiringuito se vendía cerveza, era en atención a los mecánicos no musulmanes procedentes de Mombasa que a veces acudían a Matandoni para trabajar en ciertos *dhows*, pero que ningún residente de la isla osaría beber alcohol en público.

—Pues como yo las pedí, que las deje —dijo la pelirroja. Y dirigiéndose a su amiga añadió— Nosotras las vaciaremos, ¿verdad?

La rubia la miró un instante, contrariada, y luego se encogió de hombros.

V

El almuerzo a la sombra se prolongó, apaciguados los ánimos de las *mzungus* por la cerveza y los de sus cicerones por las abundantes porciones de carne consumidas. Pero más allá del sombrajo que protegía el chiringuito, el sol seguía ardiendo en el cielo, lo que no podía por menos que aumentar la sensación de sopor que poseía al quinteto.

Siguiendo las indicaciones del Árabe, el Negro eligió para el regreso una ruta distinta de la que siguieran por la mañana, de forma que el camino discurría ahora entre dunas y próximo a la orilla de un mar terso y espejeante. Apenas había recorrido tres kilómetros cuando la pelirroja, que había consumido la mayor parte de la cerveza rechazada por sus cicerones, anunció su deseo de meterse en aquel océano de claro fondo arenoso y aguas tranquilas.

—Pero si estamos en plena digestión —se inquietó la rubia—. Y con este calor, lo más probable es que haya medusas cerca de la orilla.

—Aquí no hay medusas, *bibi*. Nunca hay medusas —se apresuró a tranquilizarla el Árabe.

—¿Lo ves? ¡Venga, vamos, no seas aguafiestas! —dijo la pelirroja, echando a correr hacia el agua.

El Árabe y el Largo intercambiaron mirada dubitativas, antes de seguirla.

—¡Ni siquiera hemos traído bañadores! —pareció la rubia buscar la complicidad del Negro, que la miraba en silencio.

Ante el fracaso de sus protestas, también ella se encaminó hacia la orilla.

Allí, la pelirroja se había descalzado y comprobaba la temperatura del agua con la punta del pie. Al parecer satisfecha, se desprendió de shorts, camiseta y sujetador y los dejó caer sobre la arena, antes de meterse en el agua sin comprobar si alguien la seguía. El Árabe y el Largo la

contemplaban indecisos, deslumbrados por la desnudez del cuerpo femenino apenas cubierto por el slip marrón. El Árabe fue el primero en reaccionar. Se libró de las sandalias de sendos golpes de talón. Se sacó la camisola por la cabeza y se adentró en el mar, donde el largo *kikoi* se le pegó a las piernas y la cintura revelando la esbeltez de su cuerpo. Con la espuma lamiéndole los pies, el Largo recibió a la rubia en una actitud que combinaba expectación y súplica, y al ver que también ella empezaba a desnudarse con risa nerviosa, apartó la mirada de ella y repitió los gestos del Árabe.

A una docena de metros de la orilla, el Negro se acuclilló en la arena, atento a los gestos con que la *mzungu* rubia se desprendía de la ropa, la doblaba, y formaba con ella una pila sobre la que depositó la cámara de vídeo, antes de pisar titubeante el agua. Era el mejor nadador de los tres y lo sabía. Siempre era él quien más resistía bajo el agua cuando buceaban en busca de la moneda arrojada por algún *mzungu* y quien más velozmente regresaba a la orilla dispuesto a repetir la operación. Lo mismo que, cuando las artes diplomáticas del Árabe fracasaba en las disputas con otros buceadores, era él quien zanjaba el asunto con sus puños. Pero ante las mujeres, y sobre todo ante *mzungus* como aquellas, el Negro se sentía paralizado por una timidez solo equiparable a la que le producía agarrar la mano del Árabe en las procesiones y bailes que se celebraban en las calles de Lamu.

Eso pensaba el Negro, mientras su cabeza ardía bajo el sol y sus ojos entornados no se apartaban de la *mzungu* de pelo rojo como un diablo a la que su amigo perseguía entre chapoteos hasta derribarla, para revolcarse con ella en el agua. Se llevó la mano a la frente y barrió el sudor acumulado en sus cejas. El Largo también intentaba agarrar a la otra *mzungu*, pero aquella se escurría y frustraba sus intentos. Si el perseguidor fuera él, las *mzungus* no escaparían tan fácilmente.

Cuando no pudo soportar más la quemazón, cogió la panga y se refugió a la sombra de unos matorrales.

«No vamos a sacar nada de esas dos, nada», musitó mientras se sentaba en tierra con los ojos clavados en los juegos a que los otros cuatro se entregaban en el mar inmóvil.

VI

El ardor del sol comenzaba a disminuir cuando el Árabe, el Largo y las *mzungus* se reunieron con el Negro para reemprender la vuelta a Lamu, una vez que sus cuerpos se hubieron secado. Irritado por la espera, el Negro buscó desde el principio el camino más directo, que cruzaba la isla de oeste a este. Deseaba terminar cuanto antes la excursión para pedir cuentas al Árabe por los nulos resultados de los tres días que llevaban dedicados a las *mzungus*. Y si le salía otra vez con el cuento del sedal podía ocurrir cualquier cosa, se decía a sí mismo mientras abría paso a machetazos entre los matorrales. A sus espaldas oía reír a la *mzungu* de pelo rojo y al Árabe, cada instante más juguetones que el anterior, y comenzaba a dolerle el brazo de tanto manejar la panga para que ellos pudieran avanzar.

De pronto el Negro dejó de oír las voces y risas de sus compañeros. Acababan de atravesar un claro en la espesura, y cuando volvió sobre sus pasos para averiguar qué ocurría descubrió que sus amigos y las *mzungus* se habían sentado a descansar sobre un montículo, dejando que él siguiera solo su camino. El Árabe y la diablesa del pelo rojo estaban muy juntos, y el Negro oyó que su amigo preguntaba a la *mzungu* si le llevaría con ella cuando volviera a su país.

—¿Y qué ibas a hacer tú en Australia, pobre mío, si allí nadie entendería tu inglés para empezar? —respondió riendo la pelirroja, a lo que tomó por una broma más de su apuesto acompañante.

—Puedo ser tu *beachboy* —dijo el Árabe con la solemne vehemencia acumulada en innumerables noches de insomnio.

—¿Mi qué? —se desconcertó ella.

—Tu *beachboy*.

—¿Y eso qué significa?

—Significa ser tu amante —dijo el Árabe con aplomo—. Puedo ser gran amante, ya verás.

—Tú, ¿mi amante? —dijo la pelirroja.

—Sí, yo. Puedes probarme, siquieres.

—No, si no dudo de tu virilidad —se llevó ella una mano a la boca, para contener la risa.

—¿Te burlas de mí?

—No, nunca lo haría —dijo ante el rictus de cólera que se plasmó en las facciones del Árabe.

—Sí, te estás burlando —dijo el Árabe-. Pero vas a ver.

Sentados como estaban sobre la arena, le bastó con empujar a la *mzungu* por los hombros para derribarla de espaldas y echarse sobre ella, inmovilizándola con el peso de su cuerpo.

Al ver aquello, la rubia se puso en pie de un salto para acudir junto a la amiga, pero el Largo, hasta entonces sentado inmóvil junto a ella, se lo impidió rodeando sus rodillas con un brazo y haciéndola caer de bruces.

—¡Eh! ¿Estáis locos, o qué? —gritó la rubia, al tiempo que se revolvía y trataba de incorporarse.

El Largo quiso imitar la maniobra con que el Árabe tenía inmovilizada a la otra *mzungu*, pero la rubia levantó la pierna izquierda doblada y su rodilla se hundió en la entrepierna del agresor, que lanzó un alarido y se derrumbó con ambas manos en el escroto. El grito paralizó al Árabe, a quien un empellón de la rubia, que se había puesto en pie tras librarse del Largo, hizo rodar por el suelo.

—¡Corre, que estos bastardos quieren violarnos! —gritó a su amiga, al tiempo que daba media vuelta y huía en dirección a Matandoni.

Todo aquello había paralizado al Negro, pero al ver correr a la fugitiva se repuso y salió en su persecución, mientras a sus espaldas la pelirroja y el Árabe se debatían en un abrazo que nada tenía ya de lúdico y el Largo continuaba quejándose en el suelo.

—¡Suéltame, bastardo! ¡Suéltame, te digo! —decía la pelirroja, que logró liberar un brazo y hundió las uñas en el rostro congestionado del Árabe.

La exclamación de rabia del Árabe se confundió con el grito de dolor que lanzó la rubia cuando el cortante filo de la panga se hundió en su hombro izquierdo hasta chocar con la clavícula, abriendo un tajo por el que salió un borbotón de sangre. El Negro, que veía que la *mzungu* escapaba a su persecución, acababa de alargar el brazo y descargar el

machete para detenerla. La rubia dio unos pasos antes de caer de rodillas y apoyar ambas manos en el suelo, en una posición sacrificial que pareció hacer inevitable el nuevo golpe de machete que casi la decapitó.

El Negro apenas recuperaba el equilibrio tras el brutal golpe de panga cuando vio que la diablesa de pelo rojo se abalanzaba sobre él gritando. En un movimiento reflejo, levantó el brazo que sostenía el machete y este, como animado de voluntad propia, hundió su filo en el pecho y el cuello de la joven. No hubo grito alguno. La pelirroja se desplomó al recibir el golpe y estaba muerta cuando tocó el suelo.

—¿Qué has hecho, salvaje? —gritó el Árabe, que llegó junto al Negro y se arrodilló sobre la *mzungu* y trató de taponar con sus manos la herida por la que aquella se desangraba.

—Se iba a escapar —dijo el Negro por toda explicación.

Más tarde, cuando emprendieron el regreso a Lamu, el Árabe y el Negro llevaban grandes manchas de sangre en sus ropas. No así el Largo, que había tenido la previsión de quedarse en taparrabos durante la laboriosa operación de ocultar los cuerpos sin vida de las *mzungus*.

Para ello, el Árabe y él desbrozaron a golpes de panga la densa vegetación espinosa y cavaron un hoyo poco profundo —temían que la noche les sorprendiera lejos de Lamu— en el que metieron los cadáveres. Después los cubrieron de tierra y echaron encima unos matojos.

El Negro les había mirado trabajar impasible, después de haberse negado a ayudarles.

—Pero ¿por qué lo has hecho? —le había preguntado el Largo, cuando comprobaron que las *mzungus* estaban muertas.

—Se lo estaban buscando.

Más tarde, al insistir el Árabe en que les ayudara a hacer el hoyo, su negativa había estado cargada de desprecio.

—Eso te toca a ti. Yo bastante he hecho ya, por tu culpa.

Después de cubrir con tierra las manchas de sangre seca dejadas por las *mzungus* en el calvero, arrastraron unas ramas sobre las huellas de la lucha y se pusieron en camino. El Largo llevaba la cámara de vídeo, de la que se había adueñado diciendo que la vendería para pagar la deuda contraída con su tío.

Ese fue todo el producto que sacaron a su trabajo, pues al registrar las ropas ensangrentadas de las *mzungus* no descubrieron más que unas monedas sueltas y las fotocopias arrugadas de sus pasaportes. El dinero que las jóvenes habían sacado esa mañana de la caja fuerte del hotel, lo

habían gastado en pagar los abalorios comprados en Matandoni y la comida a que les habían invitado a los tres.



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Rótterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Rótterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboralistas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.